

Antropología, cultura y libertad¹

Desde el estructuralismo y los años 60, se ha glosado mucho sobre el corte naturaleza/ cultura y se continúa haciéndolo, pero sin prestar siempre una atención suficiente al contexto intelectual en el cual vio la luz. Se trataba, en un inicio, de contestar el valor heurístico del concepto de naturaleza humana tal y como era utilizado por Rousseau. Las ciencias humanas y sociales querían ser ciencias, justamente, y lo que descubrían observando las sociedades del mundo, no era la naturaleza humana, sino culturas diferentes. Las culturas de las que la primera etnología había puesto en evidencia su complejidad y el refinamiento, era al mismo tiempo el objeto y el punto de partida de todo estudio posible. Pero había, en la investigación antropológica, una ambigüedad: unas veces la cultura, más o menos co-extensiva al concepto de sociedad, era presentada como una puesta en orden consciente de la naturaleza, y el corte naturaleza / cultura como perteneciente -el mismo- a toda cultura, en la medida en que trazaba las fronteras con lo que no era ella; otras la cuestión de esta línea de demarcación no era planteada, no se planteaba, en la medida en que la diversidad cultural era considerada como que no disimulaba ninguna realidad escondida.

La cuestión de la naturaleza humana está ligada al par naturaleza / cultura. Si la única realidad observable es la de las culturas, en efecto, la idea de naturaleza humana es superflua. O bien la diversidad de culturas es inapelable, indepasable, y no oculta ningún universal; o bien, las culturas son, intelectualmente, lógicamente, transposiciones de unas sobre otras y, lo que conviene estudiar, son los sistemas de transformación que, en diferentes planos (el parentesco, las alianzas matrimoniales, los mitos...) permiten pasar de una a la otra, de un sistema cultural al otro. De cierta manera, la sola naturaleza humana es la cultura, si se designa con ese término no una cultura particular, sino la capacidad humana a distribuir, en un inicio de manera arbitraria, el significante simbólico del universo; esta distinción, para Lévi-Strauss, es Concomitante con la aparición del lenguaje.

Si ciertos autores (primero Althusser y Foucault después) concluyeron en la inutilidad del concepto de humanismo, no es esta la posición del padre del estructuralismo antropológico, quien en *Antropología Estructural 2* considera, por el contrario, que la etnología enriquece la tradición humanista democratizándola porque añade al patrimonio cultural de la humanidad las riquezas y los logros de las sociedades más modestas y las más ignoradas del planeta.

Esta diferencia se debe, tal vez, al hecho de que Lévi-Strauss no ha renunciado en ningún momento a tener en cuenta la dimensión individual en nuestra aprehensión, o por lo menos en su definición de los hechos sociales: "No podemos estar seguros en ningún momento de haber alcanzado el sentido y la función de una institución, si no estamos en condiciones de revisar su incidencia sobre una conciencia individual". Lo que designa de esta manera Lévi-Strauss, es una tensión entre individuo y cultura, lo que es indisoluble de la noción misma de cultura.

¿De qué hablamos cuando pretendemos privilegiar el estudio de las relaciones? Hablamos de tres hombres, de hecho, o de tres dimensiones de lo humano: el hombre individual (ustedes, yo, seis millardos de mundos interiores irreductibles unos a otros); el hombre cultural (aquel que comparte con otros un cierto número de referencias que integra un conjunto diferente de otros conjuntos, conjuntos a los que la primera etnología ha dado frecuentemente un nombre étnico; notemos -como paréntesis- que la distinción de los géneros masculino y femenino y su definición en términos sociales tienen que ver, de toda evidencia, con esta dimensión cultural); el hombre genérico finalmente (aquel que a lo largo de siglos y de milenios, ha inventado las técnicas nuevas, aquel que ha caminado en la luna, aquel para quien un nombre propio y singular simbolice la existencia, pero que cada uno de entre nosotros se siente con el derecho de reclamarse, aún cuando su destino personal sea de lo más modesto).

¹ Discurso pronunciado el 13 de abril en el Salón de Grados del Rectorado Antiguo de la Universidad Nacional de Córdoba. En esa ocasión, Marc Augé recibió el título de Profesor Honorario de la UNC.

Algunos autores, en los años 50 y 60, han hecho progresar considerablemente la reflexión sobre la noción de cultura aprehendiendo ésta como un sistema de coacción intelectual, a partir de una doble constatación. Primera constatación: el individuo no pone a prueba su identidad sino en y por la relación con el otro. Segunda constatación: las reglas de construcción de esta relación resisten siempre al individuo. Lévi-Strauss, en su "Introducción a la obra de Marcel Mauss", escribía en 1950 que era, propiamente hablando, aquel que llamamos sano de espíritu que se alienaba pues consentía existir en un mundo definible únicamente por la relación del yo y de otro. Este consentimiento, que es la condición necesaria de toda salud mental, insensato, literalmente, sería por lo tanto el que pretendía escapar.

De esta manera el hombre sano de espíritu se encuentra necesariamente alienado al sistema que da un sentido-significado a los acontecimientos de su vida de individuo. El sentido de que se trata, por lo tanto, el sentido social, no es un sentido metafísico y trascendental, es la relación social ella misma en tanto que representada e instituida. El cierre de ciertas culturas se encuentra completado cuando pretenden encarnar el todo de la humanidad, el hombre genérico. Se ha señalado que el nombre que se habían asignado ciertos grupos significaba, simplemente, "los hombres". Ciertamente, un cierre total del sistema es sin duda concretamente, históricamente, impensable, como es impensable una apertura total. Digamos que existe en toda sociedad una tensión entre el sentido-significado, entendido como el conjunto de relaciones pensables, y la libertad, definida como el espacio dejado a la iniciativa individual. La antropología, desde mi punto de vista, tiene precisamente por objeto el estudio de esta tensión entre sentido y libertad en todos los contextos en que se expresa.

Esta tensión no funciona, no obstante, siempre e ineluctablemente en beneficio del sentido. Es eso que nos demuestran los especialistas de la Grecia Antigua. La alienación, en el sentido social, no es nunca tan coaccionante como cuando es puesta en obra por lo que J.P. Vernant llamaba la "razón retórica", presente entre los griegos como en todas las culturas politeístas de la inmanencia, que encuentran en ellas mismas su propia justificación y justifica -al mismo tiempo- todo orden establecido. En Grecia, no obstante, no impidió el nacimiento de una tradición filosófica y científica, la aparición -si se quiere- de una primera modernidad. De este milagro griego, Vernant busca la razón y el origen en la existencia de la ficción. En Grecia, nos dice, el objeto de la creencia es aquello que es contado en los mitos. Oral primero, el relato mítico adquiere una forma escrita con Homero y Hesiodo. Desde el momento que hay literatura, un juego se instaura entre el polo de la creencia y el polo de la ficción. Reconociendo un cierto grado de libertad al narrador, al autor, al auditor y al lector, abre la coacción ejercida por el sistema simbólico sobre el imaginario individual. Al cabo de cierto tiempo, Grecia sale del mito por la tragedia. Castoriadis, en varios textos, prolongará este análisis en el plano político mostrando cómo, de Eschyle a Sófocles, se pasa de una reflexión sobre los dioses a una reflexión sobre los hombres, sobre la vida pública y el cambio.

Lo que nos muestra el ejemplo griego, es que la tensión entre individuo y cultura es susceptible de hacer que esta última se mueva. Frente a los procesos de emancipación del individuo, la trampa del cierre es doble: consiste en pensar la cultura, una cultura, sea cual sea, como naturaleza y al individuo como esencialmente cultural.

La reflexión sobre la naturaleza humana y sobre la cultura no ha sido tan actual como hoy. No hay democracia sin libertad individual y ésta se encuentra amenazada tanto por la asignación del individuo humano a una naturaleza pensada como destino, como su encerramiento en una cultura concebida como naturaleza. El futuro será no tanto al pluriculturalismo, es decir, a la coexistencia perezosa de universos cerrados los unos en relación con los otros y encerrando cada uno a sus propios miembros, sino al transculturalismo, a la travesía individual de culturas, fruto de la educación y de la libertad. Es decir que la historia no ha concluido.

Marc Augé